

TONADA DE GALOPEO
josé garcía oliva

josé garcía oliva [caracas, 1995]

Obtuvo su título de Bachelor of Fine Arts de la Universidad Rey Juan Carlos (Madrid, España) y tiene una maestría en Experimental Communication de la Royal College of Art de Londres (Inglaterra).

Ha expuesto sus obras de desde el año 2019. Entre sus exhibiciones individuales podemos mencionar: 'De, Desde, En, Entre, Hacia' (SET Woolwich, Londres, 2022); 'Extraterra' (36 Great Russell Street, Londres, 2021); 'NeoNorte 3.0' (Mymälä2 Gallery, Helsinki, 2021); 'Fountain of Hygiene' (The Design Museum, Londres, 2020); 'Conversations' (Arlington House, Londres, 2019); 'Neonorte' (Exposed Arts Projects, Londres, 2019); y 'Control and Nature' (Centro Cultural Isabel de Farnesio, Madrid, 2019). Así mismo, ha participado en varias muestras grupales como 'Landing/ Aterrizar' (Gasworks, Londres, 2024); 'Footnotes' (Brixton House, Londres, 2023); 'Displacement' (M2 Gallery, Londres, 2023); 'How May I Serve You?' (SET Kensington, Londres, 2022); 'A to B' (The Muse Gallery at Portobello Road, Londres, 2022); entre otras.

Actualmente reside en Londres donde ejerce como profesor en Kingston School of Art, Ravensbourne University y Central Saint Martins.

¿ESCUCHAS EL RELINCHO?

sobre la TONADA DE GALOPEO de JOSÉ GARCÍA OLIVA
torrivilla

Son días de mucho ruido. Hay que prestar atención a lo que se dice, a lo que comunican los sonidos. Asomarse a la calle es encontrarse con el rítmico trasegar de contradictorios galopes, el resuello del vecino que levanta una alerta, los resoplidos nerviosos de los animales en quienes confiamos. Suena de pronto un silbido que convoca, pero es difícil movilizar la esperanza entre tanto ruido y entre tanto miedo.

El relincho del caballo es su sonido más conocido; significa agitación, pero también es un gesto de presencia: con él alerta dónde está o saluda a sus seres de confianza para recordarles que pueden ofrecerle algo de comer. El lenguaje de los caballos tiene la verdad de quien no conoce el disimulo. Su presencia no suele pasar desapercibida, pero puede ser olvidada.

José García Oliva invoca la presencia del blanco corcel independentista en un momento en que nos jugamos el significado de los símbolos nacionales y la misma idea de nación. Esta «Tonada de Galopeo» nos acompaña en el trabajo de entendernos sin la anestesia de la gloria. Esta Tonada es para un caballo de resoplidos quedos y relinchos cifrados. Esta Tonada reconoce los sonidos de la noche, pero busca los del alba.

En el óleo *Venezuela recibiendo los símbolos del Escudo Nacional* —una monumental obra de 10 metros de alto por 6,50 de largo—, Pedro Centeno Vallenilla construye una alegoría de los símbolos patrios con su usual exuberancia neoclasicista. Al centro de la composición: el corcel en plena cabalgata hacia la libertad, con sus cuatro patas al aire, en franco trasegar vertiginoso, perseguido por el negro, el indio y español, supuestas tres razas venezolanas representadas por tres hombres desnudos que intentan domarlo.

La obra de Centeno Vallenilla preside el Salón de los Escudos del Palacio Federal Legislativo, actual sede de la Asamblea Nacional. El óleo fue hecho en 1952, por encargo de Marcos Pérez Jiménez en celebración propagandística del Nuevo Ideal Nacional. En medio del frenesí nacionalista con el que Pérez Jiménez decora su proyecto de progreso sangriento, se celebra la

inauguración de la obra en este tono: “Pedro Centeno revela aquí el Misterio de la Nacionalidad, descubriendo las vivencias latentes en su símbolo blasonado; y así hace campear en las galas majestuosas y floridas del arte la inefable emoción que siente el patriota ingenuo al contemplar su emblema”¹.

El lenguaje está a la medida de la escena: el caballo de Pedro Centeno Vallenilla, perseguido por los viriles semblantes de las tres fantasiosas razas, está franqueado por dos grupos; a su izquierda, una composición dionisíaca de cuerpos sosteniendo las cornucopias que laurean el Escudo Nacional, cuernos rebosantes de flores y frutas variadas de la tierra venezolana, mientras que a su derecha la apolínea marcha de los hombres de armas que lideraron la batalla de Carabobo.

Setenta años después, los misterios de la nacionalidad siguen precedidos por las armas, el desafuero y el lirismo impostado que busca su consagración. Si la escena de Centeno Vallenilla de pronto adquiriera movimiento, seguramente veríamos desarrollarse la gran fiesta, una orgía de orquídeas, sables y cañas de azúcar, un templete que muy pronto se convierte en vergonzoso cansancio. Digamos que el caballo huye alebrestado, los hombres se resguardan, los ángeles regresan despeinados a los cielos. Los *misterios* de la nacionalidad retroceden para dejar más bien una *resaca* de la nacionalidad.

Una vez finalizada la fiesta, es tiempo de los fantasmas. En el conjunto de obras de *Tonada de Galopeo*, García Oliva se centra en el caballo de la heráldica nacional. Aquí el paisaje pictórico del alma venezolana, los semblantes de los héroes independentistas ya han desaparecido y los frutos de la tierra se han podrido. En vez de ello, los sonidos espectrales, fragmentos y rituales de la ausencia entran en escena como forma de hacer el duelo patrio.

Este es un territorio de murmullos.

José García Oliva, artista venezolano graduado en el Royal College of Art de Londres y con una carrera internacional de exposiciones, exhibe por primera vez en el país. *Tonada de Galopeo* es un conjunto de obras que se acercan a la iconografía nacional también como reencuentro. Más que una lección o un ejercicio condescendiente, García Oliva se propone volcar la mirada hacia el país de su infancia y adolescencia para entenderlo después a la distancia; mirar con ojos nuevos las imágenes de un país convulsionado que a todos atraviesa y volver a los sonidos familiares. Con el pasar de los años, mientras

más venezolanos nos sumamos a una diáspora compleja y cambiante, estos ejercicios suman necesariamente a un quiénes somos caleidoscópico. Por eso, esta Tonada busca sus acordes entre los estertores de la historia, al compás de un galopeo que no olvida la urgencia de su andar indómito.

Luis Pérez-Oramas, en su lectura historiográfica del arte venezolano desde los textos de Boulton sobre Reverón y Bárbaro Rivas², destaca una construcción “adánica” de la modernidad venezolana en los artistas nacionales del siglo XX, como respuesta a la herencia de sangre y montoneras del siglo XIX. Pérez-Oramas interroga esta visión adánica frente a nuestra “miseria secular, sórdida y violenta” y la califica más bien como cómplice de una negación sobre los episodios más oscuros de nuestra historia; cómplice, además, “de la monumentalización de los héroes patrios y de la teología bolivariana”.

El adanismo nacional que lee Pérez-Oramas quizás peca de una interpretación demasiado casada con el lirismo civilizatorio de Boulton —que trata de redimir el fatalismo reveroniano como fracaso—, cuando nos podría decir otra cosa, una puesta en absurdo, una naturaleza maníaca, una ficción como sutura abierta y contradictoria de las heridas nacionales. En el Escudo Nacional están resumidas esas contradicciones patrias en pugna, con los cuarteles franqueados por la exuberancia vegetal de la tierra, mientras contienen la lanza, el arco, la espada, la flecha y el machete de la violencia de la historia. Quizás esos somos, una violencia incontenible aunque ridícula y unos frutos insuficientes aunque exóticos, una contradicción que se resuelve en su insuficiencia, cuando la voluntad que los excede es solo la de trascender sus ficciones.

Existe, en la tradición de las artes visuales venezolanas, un tipo de exploración heráldica que enfila directamente contra la monumentalización nacional como artificio, una veta afín a la «Tonada de Galopeo» de García Oliva. Pensemos nada más en el uso de la bandera nacional que hace Margot Romer, una estrategia caricaturesca del pabellón patrio; en la obra de Juan Loyola, que convierte los colores de la bandera en la corrosiva evidencia del accidente y la chatarra; o en *El león de Caracas*, obra en que Javier Téllez saca en procesión al felino capitalino al sonido del *Popule Meus*, una polifonía litúrgica de José Ángel Lamas estrenada en la Catedral de Caracas en 1810. Obras como estas no son ficciones dirigidas a la exaltación patria, son más bien una forma de hacer su duelo, una doliente mirada a las heridas sangrantes, los paisajes inacabados, los escombros nacionales y sus agudos colmillos.

La «Tonada de Galopeo» de García Oliva es para un caballo sin paisaje. Los llanos occidentales, las planicies carabobeñas, la profunda selva amazónica, el macizo guayanés, la cordillera andina... Todo accidente geográfico retrocede. Colapsada la evocación a la tierra, solo un muro azul rompe con el blanco acostumbrado, alejado ya de la invocación a la épica o la riqueza. El símbolo, después del fuego, solo deja sus huellas: la del maíz carbonizado, un campaneo sin gloria, un silbido apenas esperanzador, un ritual de la ausencia. Los cuidadores de este caballo no visten uniformes de falsa hidalguía europea sino discretos overoles de trabajo.

García Oliva presenta escenas fragmentadas de los pertrechos para la faena: botas, espuelas, tirantes, cueros, un ejercicio de dibujo de las tensiones y presiones involucradas en el amansar, de las texturas del cuero y los arneses. Esta serie de dibujos resulta un contra-campo del Escudo Nacional: el caballo está completamente ausente, pero vemos su bozal, un recordatorio de que el camino a la libertad está lleno de silencios autoimpuestos, de censuras peliagudas, de vueltas en círculo que no parecen tener salida. En estas obras no hay tentación adánica, los dibujos están en un vacío referente más bien a ilustraciones pedagógicas, a cierto estoicismo instructivo.

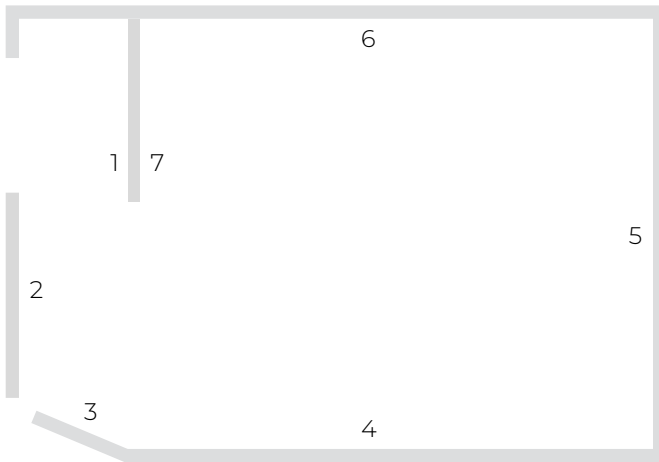
El caballo, avistado por apenas unos pocos, no se sabe si ha sido domesticado del todo. Es una fantasmagoría de la rebeldía. Son ecos apenas. Nadie puede asegurar haber visto realmente al caballo, pero sus sonidos se han instalado en nosotros, mientras desciframos su mensaje. Por eso, entre tanto ruido, conviene estar atento:

¿Quién escucha todavía el relincho?

El caballo al que García Oliva le ha dedicado esta tonada es solo un presencia milagrosa, quién sabe si una alucinación colectiva. Del pabellón y sus cuarteles permanece un muro azul que evoca quién sabe a qué otros cielos. A este caballo, puesto a galopar en alegoría a la Independencia, todavía hay que cuidarlo, por si regresa. Hay que cambiar su agua, repetir los movimientos de su acicalamiento, insistir en las instrucciones para mantener su pelaje. Quién sabe si vuelve, hambriento, lleno de barro endurecido, polvoriento y con los ojos nublados, arrepentido del falso lirismo de sus glorias.

¹ Cita recogida por la investigadora Beatriz Meza Suinaga en su trabajo sobre el Palacio Federal Legislativo de Caracas, una publicación donde explica las diferentes etapas de construcción del edificio como iteraciones propagandísticas de los proyectos ideológicos gobernantes, desde Guzmán Blanco hasta nuestros días. — Meza Suinaga, Beatriz. *El Palacio Federal Legislativo de Caracas*. Caracas: Dirección Estratégica de Patrimonio Cultural, 2015, p. 178.

² Pérez-Oramas, Luis. *Alfredo Boulton o la modernidad en clave adánica*. Revista Trópico Absoluto, 2 de diciembre de 2023.



- 1 **Añoranza, 2025**
Espejo retrovisor con
colgante de montura de
caballo en cuero
25 x 26 x 10 cm
- 2 **Un toque (A call), 2020**
Campanas de heladero en
acero inoxidable
13 x 50 x 24 cm
- 3 **Estudio histórico sobre
la bandera, el escudo y el
himno de Venezuela**
Francisco Alejandro Vargas
Documento de consulta
- 4 **Que tan quemada tiene
que estar la arepa pa' que
escriba, 2025**
Arepa carbonizada (agua,
sal y harina de maíz)
sobre pared
Medidas variables
- 5 **Hipódromo nacional, 2025**
Dibujo a lápiz de color
Luminance 6901 sobre
papel de archivo de 220
GSM cortado a láser,
vinilo blanco
32.5 x 220.5 cm (c/u)
- 6 **Sujeta sin poseer**
Nudo para caballo blanco
El umbral donde el jinete
se transforma
Coreografía en caso de
que vuelvan
Un bocado
Caballo manchado
Instrumentos de aseo
Anatomía de caballo
ausente
Partes del yugo y sus
sombras
2025
Dibujos a lápiz de color
Luminance 6901
sobre papel de archivo
de 220 GSM
21 x 26 cm (c/u)
- 7 **Ruleta de corcel blanco,
2025**
Ensamblaje de siluetas de
caballos en cartulina
30 x 30 cm

AGRADECIMIENTOS

A los que se han quedado en Venezuela y siguen construyendo a palo y machate el legado cultural y el impulso de la nueva generación.

A Luis Romero y Melina Fernández Temes por confiar y apoyarme en este sueño de mostrar mi trabajo por primera vez en mi país natal al que espero volver. Siempre lo tendré en cuenta.

A Torrivilla, por el pujante texto de sala que es un ensayo que revela agujeros de nuestro imaginario colectivo.

Al equipo de ABRA, Gabriel Martínez por su increíble ayuda y recomendación de libros olvidados, Eloísa Arias por capturar los detalles, Ara Koshiro por su tranquilidad, Francisco Cáceres por su ayuda a mantenerme despierto y a los hermanos Cantillo por hacer que las obras estén de pie. Gracias también a Oriana Hernández y Valentina Mora.

A Betty Brunfaut y a mi familia por su amor que me mantiene vivo.

TONADA DE GALOPEO

josé garcía oliva

individual | 17.01.2025 - 09.03.2025

exposición n° 91

texto: torrivilla

curaduría: josé garcía oliva + galería abra

museografía: josé garcía oliva + luis romero + gabriel martínez

paisaje sonoro: miguel la corte

asistencia de montaje: germán cantillo + eduard cantillo

abra

directores: melina fernández temas + luis romero

coordinador: gabriel martínez

asistente general: ara koshiro

colecciones + relaciones institucionales: oriana hernández

comunicaciones: eloísa arias peña

redes sociales + diseño: valentina mora

registro: francisco cáceres

registro fotográfico: maría teresa hamon

g6+g9 centro de arte los galpones

av. ávila con 8va transversal, los chorros

caracas 1071, venezuela

0424 1661939 + abracaracas@gmail.com

www.abracaracas.com + @abracaracas